

“...porque procediendo de igual modo del Verbo Divino, la Sagrada Escritura y la Naturaleza, aquélla en cuanto inspirada por el Espíritu Santo, y ésta como ejecutora fidelísima de las órdenes de Dios...” (Galileo Galilei. *Carta a Cristina Lorena*. Ed. Alianza. Madrid, 1987. Pg. 70)

“La naturaleza no hizo primero los cerebros humanos y luego construyó las cosas de acuerdo con su capacidad de comprensión, sino que primero hizo las cosas a su manera y luego construyó el entendimiento humano de modo que, al precio de grandes esfuerzos, pudiera robarle alguno de sus secretos” (Galileo Galilei. *Opere*, VII, 341, 1)

“La constitución del universo, entre los naturales aprehensibles, a mi parecer, puede ponerse en primer lugar: que si como universal contingente, adelanta en grandeza a todos los otros, como orden y mantenimiento debe superarles en nobleza” (Galileo Galilei. *Diálogos sobre los sistemas máximos del mundo*. Ediciones Alcoma. Madrid, 1946)

(sobre la cuestión de la interpretación de las Sagradas Escrituras)

“Sobre este razonamiento me parece ante todo digno de tenerse en cuenta, que está santísimamente dicho y prudentísimamente establecido que no puede jamás mentir la Sagrada Escritura, siempre que se haya comprendido su verdadero espíritu, el cual no creo que pueda negarse que está muchas veces oculto y que es muy distinto de lo que dice el puro significado de las palabras. De lo que se sigue, que si alguna vez alguno, al interpretarla, quisiese atenerse siempre al estricto sentido literal, podría, equivocándose en eso, hacer aparecer en las Escrituras no sólo contradicciones y proposiciones alejadas de la verdad, sino graves herejías e incluso blasfemias...” (*Carta a Cristina Lorena*. Pgs. 69ss)

“Si pregunto de quién son obra el Sol, la Luna, la Tierra, los astros, sus movimientos y posiciones, es de suponer que se me contestará: son obras de Dios. Si yo pregunto luego quién es el autor de la Sagrada Escritura, sin duda se me contestará que es obra del Espíritu Santo, es decir, obra también de Dios. Si finalmente pregunto si el Espíritu Santo, para acomodarse al entendimiento de la masa generalmente ineducada, necesitaba emplear frases que evidentemente son contrarias a la verdad, estoy seguro de que, con el apoyo de la autoridad de todos los escritores sagrados, se me contestará que en efecto a ello estaba obligada la Sagrada Escritura, ya que en cien pasajes contiene frases que, tomadas literalmente, están llenas de herejías y pecados presentando a Dios como un ser henchido de odio, arbitrariedad y frivolidad. Pero si se me ocurre preguntar si Dios ha alterado alguna vez sus obras para acomodarse al entendimiento de la masa, o si no es más bien cierto que la Naturaleza, invariable e inasequible a los deseos humanos, ha preservado siempre la misma clase de movimientos, formas y posiciones, en el Universo, estoy seguro también de que se me contestará que la Luna ha sido siempre redonda, por más que durante mucho tiempo se la tuviera por plana. Para decirlo en una frase: nadie sostendrá que la Naturaleza se haya modificado para acomodar sus operaciones a la opinión de los hombres. Si ello es así, pregunto yo, ¿por qué, cuando deseamos conocer las diferentes partes del universo, habríamos de investigar las palabras de Dios en vez de sus obras? ¿Son acaso los hechos menos nobles que los dichos? Si alguien promulga que es herejía decir que la Tierra se mueve, y si luego la demostración y experiencia nos prueban que en efecto se mueve, ¿en qué dificultad se encontrará la Iglesia! En cambio, si en los casos en que las obras no se muestran de acuerdo con las palabras, se considera como secundaria a la Sagrada Escritura, poco daño habrá de causarse, bastantes veces se ha acomodado su texto a la opinión de la masa, atribuyendo a Dios propiedades enteramente falsas. Por ello digo yo, ¿por qué nos empeñamos en que cuando habla del Sol y de la Tierra se expresa con tanto acierto?” (*Carta a Cristina Lorena*. Pgs. 60ss)

“En vistas, pues, de esto, me parece que en las discusiones de los problemas naturales no se debería comenzar por la autoridad de la Escritura, sino por las experiencias sensibles y por las demostraciones necesarias, porque procediendo de igual modo del Verbo Divino, la Sagrada Escritura y la Naturaleza, aquélla en cuanto inspirada por el Espíritu Santo, y ésta como ejecutora fidelísima de las órdenes de Dios; y habiendo convenido además que las Escrituras, para acomodarse a las posibilidades de comprensión de la mayoría, dicen, aparentemente y si nos atenemos al significado literal de las palabras, muchas cosas distintas de la verdad absoluta; y, por el contrario, siendo la Naturaleza inexorable e inmutable, y sin que sobrepase jamás los límites de las leyes que le han sido impuestos, al no preocuparse para nada de sus ocultas razones y modos de obrar estén o no estén al alcance de la capacidad de los hombres, parece, pues, que aquello de los efectos naturales que o la experiencia sensible nos pone delante de los ojos, o en que concluyen las demostraciones necesarias, no puede de ninguna forma ser puesto en duda, y tampoco condenado, por citas de la Escritura que dijese aparentemente cosas distintas, ya que no todo lo dicho de la Escritura está ligado a obligaciones tan severas como lo está todo efecto de la Naturaleza, ni se nos manifiesta Dios menos excelentemente en tales efectos que en las sagradas palabras de las Escrituras. Esto quiso decir tal vez Tertuliano en aquellas palabras: “Nosotros defendemos que Dios debe ser conocido en primer lugar por la Naturaleza, y después reconocido por la ciencia; por la Naturaleza, a partir de las obras; por la ciencia, a partir de los discursos” (*Carta a Cristina Lorena*. Pgs. 69ss)

Rm. 1, 13-20: Se revela, en efecto, la cólera de Dios desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que oprimen la verdad con la injusticia. Porque los atributos invisibles de Dios resultan visibles por la creación del mundo, al ser percibidos por la inteligencia en sus obras, tanto su eterna potencia como su divinidad, de suerte que son inexcusables”